

cia y las altas de los hospitales. Por lo demás, su fuerza venía á ser la misma que antes de la llegada del cuerpo de Sainte-Suzanne con la cual había tenido bastante para salir siempre victorioso.

Mr. de Kray se hallaba establecido en Ulm, donde de mucho tiempo atrás tenía dispuesto un campamento atrincherado para servir de asilo á las tropas imperiales. De los dos sistemas de defensa que hemos mencionado, el de ir siguiendo la falda de los Alpes protegiéndose con todos los ríos confluente con el Danubio, ó permanecer de través sobre este río para maniobrar en sus dos orillas, habíase preferido el segundo por dictamen del consejo áulico, y Mr. de Kray le realizó perfectamente. El primero hubiera sido preferible para el caso en que se hubiera querido tener en comunicación permanente á los dos ejércitos de Italia y Alemania; ofrece poca fuerza en sus primeros puntos de escala, porque el Iller, el Lech, el Isar y el Inn sólo presentan sucesivamente uno después de otro obstáculos de algún valor, pudiendo sólo el último llamarse considerable, como punto bajo todos aspectos invencible que en su especie no tiene semejante en la guerra. Pero un ejército que renunciando á la comunicación con la Italia se sitúa sobre el mismo Danubio teniendo á su disposición todos sus puentes, cortándolos sucesivamente á medida que se va retirando, pudiendo pasar de una orilla á otra, mientras el enemigo está reducido á una orilla sola; pudiendo además, si el enemigo intenta marchar directamente sobre Viena, perseguirle al abrigo del Danubio y arrojarle sobre sus espaldas para escarmentarle así que cometa el primer descuido; un ejército situado de este modo se encuentra, según la opinión general, en la mejor posición posible para proteger al Austria.

Se recogió, pues, Mr. de Kray en Ulm, donde se habían hecho grandes obras para recibirle. Sabido es que hacia aquel punto la orilla izquierda del Danubio, formada por las primeras quebraduras y picos de las montañas de la Suabia, flanquea constantemente á la orilla derecha y la domina con su elevación. Ulm está situada al pie de las alturas de la orilla izquierda sobre el Danubio mismo: sus muros acababan de ser reparados; habíase construído sobre la orilla opuesta una cabeza de puente, y todas las alturas á la espalda de Ulm, especialmente el Michelsberg, estaban erizadas de cañones. Si los franceses aparecían por la orilla derecha, el ejército austriaco, apoyando una de sus alas en Ulm y la otra en el elevado convento de Elchingen, protegido por el río y arrasando con sus balas el suelo llano de la orilla derecha, era de todo punto inaccesible á los nuestros. Si éstos se presentaban por la orilla izquierda, el ejército austriaco tenía una posición igualmente segura. Para entender bien esto, es preciso saber que la posición de Ulm está protegida en la orilla izquierda por el río Blau, que desciende de las montañas de Suabia para mezclarse con el Danubio, al lado mismo de Ulm, formando un profundo barranco. Así, pues, si los franceses pasaban el Danubio sobre Ulm para atacar por la orilla izquierda, el ejército austriaco cambiaba de posición, y en vez de mirar á la corriente del Danubio, le volvía la espalda y quedaba protegido por la corriente del Blau. Tenía su ala izquierda en Ulm, su centro en Michelsberg, y su ala derecha en Lahr y Jungingen.

Era preciso hacer varias marchas por la orilla izquierda para rodear esta nueva posición y abandonar enteramente la orilla derecha, lo cual podía muy bien destruir todas las combinaciones de la campaña, porque quedaba descubierto el camino de los Alpes. Tal era el campamento donde los soldados de Kray lograron solazarse por algún tiempo.

Saint Cyr ocupaba el convento de Wiblingen. Desde sus ventanas veía distintamente y sin necesidad de antejo la posición de los austriacos. Lleno de confianza en el arrojo de los franceses, ofrecíase con varios otros generales á apoderarse del campamento enemigo á viva fuerza. Todos respondían con su cabeza del resultado, y si bien era menester desconfiar de la temeraria audacia de algunos de ellos, como Ney y Richepanse, el táctico Saint-Cyr, hombre calmoso, metódico y de ojo seguro, merecía por otra parte toda confianza. Pero era Moreau demasiado prudente para aventurar un asalto de aquella naturaleza y para ofrecer á Mr. de Kray la ocasión de ganar una batalla defensiva. Verdad es que si Moreau salía vencedor, el ejército austriaco arrojado al Danubio debía quedar medio destruído y terminada la campaña; pero si en el ataque salía escarmentado, tenía forzosamente que cejar, la campaña de Alemania quedaba comprometida, y lo que era aún peor, la campaña decisiva de Italia quedaba tal vez imposibilitada. Moreau en la guerra obraba sin temeraria grandeza, pero siempre con seguridad; dejó decir y prometer á los valientes que se comprometían á arrollar á los austriacos, y se negó á intentar un ataque á viva fuerza. Quedábale empero el arbitrio de las maniobras. Se podía pasar á la orilla izquierda sobre Ulm, que es el movimiento que acabamos de describir; pero entonces para tomar la vuelta á los austriacos en semejante posición era preciso empeñarse por la orilla izquierda hasta el punto de dejar la Suiza á descubierto, y comprometer al destacamento enviado á los Alpes. Permaneciendo en la orilla derecha se podía descender por el Danubio muy debajo de Ulm, pasarle á larga distancia del ejército austriaco y hacer declinar su posición comunicándole con el bajo Danubio. Pero al descender por el río se presentaba la espalda y quedaba también descubierto el camino de Suiza. Renunció, pues, Moreau á entrambos medios de desalojar á Mr. de Kray, y aun cuando hubiera podido arriesgarse á todo, atendida la calidad de sus tropas, no se le debe censurar por haber seguido con tanto pulso y escrúpulo el plan que protegía mejor las operaciones del primer consul, que era su émulo al mismo tiempo que su jefe.

Resolvió entonces hacer una maniobra que era la verdadera, y consistía en dirigirse sobre Augsburgo; es decir, abandonar la corriente del Danubio para atravesar sus confluentes, y salvar todas las líneas de defensa de los austriacos con una marcha directa hacia el mismo corazón del imperio. Esta maniobra prudentemente ejecutada hubiera infaliblemente separado á Mr. de Kray del Danubio y de su campamento de Ulm, llamándole en seguimiento del ejército francés. Era también arriesgada, y sin embargo no dejaba los Alpes descubiertos, puesto que hacía que Moreau fuese marchando siempre á su falda; pero no había término medio que tomar: era preciso ó permanecer inmóvil delante de Ulm, ó dirigirse resueltamente sobre Augsbur-

go y sobre Munich, porque no bastaba una mera ficción para alucinar á Mr. de Kray, y éste podía no exponer más que los cuerpos situados en observación cerca de Ulm. Moreau cometió entonces un error que pudo producir gravísimas consecuencias.

Se adelantó á la corriente del Iller en los días 13, 14 y 15 de mayo. Dejando á Sainte-Suzanne solo en la izquierda del Danubio y á Saint-Cyr en la confluencia de éste con el Iller, dirigió el cuerpo de reserva sobre el Guntz á Babenhausen, á Lecourbe, á Erkheim, al otro lado de Guntz, y un cuerpo de flanqueadores á Kempten camino del Tirol. En tan singular posición, que ocupaba veinte leguas, tocando con Ulm por un lado y amagando por el otro á Augsburgo, no podía engañar á Mr. de Kray sin el peligro de tener que marchar sobre Munich, y debía inspirarle todo lo más el deseo de caer en masa sobre el cuerpo de Sainte-Suzanne que permanecía aislado á la izquierda del Danubio. Se hubiera visto este general irremisiblemente perdido si Mr. de Kray hubiera cedido á aquella tentación empleando todas sus fuerzas.

Mientras se ejecutaban el día 16 de madrugada (26 floreal) las órdenes dadas el 15 á Saint-Cyr, Sainte-Suzanne fué acometido en Erbach por una masa enorme de caballería. Su división de la derecha, mandada por el general Legrand, estaba en Erbach y Papelau á lo largo del Danubio; su división de la izquierda, mandada por Souham, estaba en Blauberén de través sobre el Blau; la reserva, al mando del general Colaud, se hallaba algo rezagada con respecto á las dos divisiones. Comenzó el combate por una nube de jinetes que envolvieron por todas partes á nuestras columnas, y mientras nuestros soldados se veían acometidos por numerosos escuadrones, varias masas de infantería saliendo de Ulm por el Danubio arriba se disponían á un ataque más sangriento. Dos columnas de infantería y de caballería se dirigieron la una sobre Erbach para asaltar y envolver á las dos brigadas de la división de Legrand, y la otra sobre Papelau para incomunicar á las divisiones de Legrand y de Souham. El general Legrand hizo entonces maniobrar á sus tropas en movimiento retrógrado; recogieronse lentamente por entre los bosques, y desembocaron después sobre las mesas que se extienden desde Donaurieden á Ringingen, operación que ejecutaron con singular acierto. Emplearon muchas horas en ceder un campo poco dilatado, deteniéndose á cada instante, formándose en cuadro y derribando con su fuego mortífero á la caballería que los iba persiguiendo. La división de Souham, acometida por ambos flancos, tuvo que hacer un movimiento análogo hacia Blauberén por detrás del Blau, precipitando al profundo barranco que forma este río á los austriacos, que la estrechaban muy de cerca.

La división de Legrand era la que corría más peligro porque se hallaba cerca del Danubio, y por este motivo se proponía el enemigo desbaratarla para interceptar todos los socorros que pudiesen llegar de la otra orilla del río. Las dos brigadas que la formaban se defendían con el valor más sostenido, cuando aprovechando un momento en que la infantería se retiraba y en que la artillería volante colocaba sus piezas en el avantrén para retirarse igualmente, la caballería enemiga volviendo á la carga cayó de golpe sobre aquella malhadada

división. El bizarro ayudante general Levasseur, que había quedado desmontado de una carga, cogió un caballo, corrió en pos del 10.º regimiento de caballería que se alejaba del campo de batalla, le hizo volver cara y cargó sobre los escuadrones austriacos, que eran diez veces superiores en número, deteniendo su marcha; entretanto la artillería tuvo tiempo de recoger sus piezas, tomar posición á retaguardia y proteger á su vez á la caballería que acababa de salvarla.

En este intervalo llegó el general Sainte-Suzanne con una parte de la división de Colaud á socorrer la división de Legrand, mientras el general Decaén había ido con las tropas restantes á socorrer á la división de Souham á Blauberén. Restablecióse el combate, pero á pesar de este refuerzo podía acabar de una manera desastrosa, porque era muy de temer que el ejército austriaco cayese en masa sobre el cuerpo de Sainte-Suzanne. Por fortuna Saint-Cyr, que ocupaba el otro lado del Danubio, sin dejar por esta vez derrotar á sus compañeros, como se le ha imputado á menudo, acudió con toda diligencia: al oír el cañoneo de la orilla izquierda, despachó varios edecanes unos tras otros para trasladar sus divisiones de las orillas del Iller á las del Danubio; dió orden de no perder tiempo, de replugar inmediatamente las avanzadas y de hacer marchar en el acto el grueso de las tropas sin esperar á aquéllas, las cuales debían agregarse á un cuerpo dejado á retaguardia. Colocóse en persona sobre el puente de Unterkirchberg, que cruza el Iller, y á medida que iban llegando los cuerpos de infantería, caballería ó artillería, los enviaba á la carrera sobre el Danubio, prefiriendo aquel momentáneo desorden á la pérdida de tiempo. Pasó en seguida personalmente á la orilla misma del Danubio. El enemigo, receloso de que Sainte-Suzanne pudiera recibir socorro, había cortado todos los puentes hasta la línea de Dischingen, y viendo á Saint-Cyr que trataba de vadearlo ó de rehabilitar un puente, formó parte de sus tropas á lo largo de la orilla izquierda para hacer frente á las francesas que iban llegando por la orilla derecha. Al mismo tiempo rompió un vivo cañoneo, al cual respondió Saint-Cyr sin la menor tardanza; y aquel combate á cañonazos de una y otra orilla inspiró á los austriacos que salían de Ulm serios temores sobre su retirada, hízoles retroceder, dejó un tanto desembarazado á Sainte-Suzanne y difundió por las filas de nuestros infelices soldados, que estaban sosteniendo hacía ya doce horas un combate desesperado, un júbilo indecible y un nuevo ardor para la pelea. Pidieron á Sainte-Suzanne seguir adelante y les fué concedido; entonces se precipitaron á la vez todas nuestras divisiones, y acorralaron nuevamente á los austriacos bajo las baterías de Ulm; pero al recorrer aquel campo de batalla reconquistado con tanto gozo, halláronle sembrado de compañeros suyos muertos ó heridos, aunque no era menor la pérdida de los austriacos. Quince mil franceses se habían batido un día entero contra un ejército de treinta y seis mil hombres, doce mil de caballería. Mr. de Kray no se separó un punto del campo de batalla.

A no ser por el valor de las tropas y la energía y talentos de los generales, hubiera pagado Moreau su yerro con la pérdida de toda su ala izquierda; acudió éste inmediatamente á la referida ala, y como si la casuali-

dad hubiera fijado súbitamente su atención por aquel lado, resolvió trasladar su ejército entero á la orilla izquierda del río.

Dejando el 17 (27 de floreal) á Sainte-Suzanne descansando en las posiciones del día anterior, llevó el cuerpo de Saint-Cyr á situarse entre el Iller y el Danubio. Envió á Unterkirchberg, sobre el mismo Iller, la reserva que tenía á sus órdenes, y mandó á Lecourbe replegarse entre el Guntz y Weissenhorn. El día 18 hizo el ejército otro movimiento hacia su izquierda: Sainte-Suzanne fué enviado al otro lado del Blau, Saint-Cyr al otro lado del Danubio y la reserva á Gocklingen sobre el mismo Danubio con orden de que se hallase dispuesto á pasar el río. El 19 fué la maniobra todavía más pronunciada: Sainte-Suzanne había dado la vuelta entera á Ulm, estableciendo su cuartel general en Urspring; Saint-Cyr ocupaba las dos orillas del Blau con su cuartel general en Blaubeuren; la reserva pasó el Danubio entre Erbach y el Blau, y Lecourbe se disponía á atravesar este río.

Todo parecía anunciar un ataque contra el campamento atrincherado de Ulm. En esta nueva posición tenía Mr. de Kray su izquierda en Ulm, su centro sobre el Blau y su derecha en Elchingen; daba la espalda al Danubio y defendía el recurso de la posición de Ulm. Moreau, después de hacer un reconocimiento detenido, dejó burlados en su expectativa á sus lugartenientes que habían tomado aquel movimiento sobre la izquierda por un proyecto formal, y que deseaban por otra parte arriesgar una embestida contra el campamento de los austriacos, cuya expugnación miraban como infalible. Insistió de nuevo Saint-Cyr, y fué desoído; no quería Moreau aventurar un ataque á viva fuerza á lo largo del Blau, ni dar enteramente la vuelta á la posición de su izquierda, temeroso de dejar demasiado descubierta la Suiza, y así tomó el partido de retirarse; mandó nuevamente al ejército repasar el río y situarse en su orilla derecha, y el 20 de mayo y días siguientes levantó el campo con gran disgusto de los soldados y de los generales, que contaban ya con el asalto, y con grande admiración de los austriacos, que le temían.

Aquella desafortunada maniobra produjo el grave inconveniente de infundir nuevos alientos en el ejército austriaco, aunque sin desanimar al nuestro, que, seguro de su superioridad, no era por cierto fácil de desalentar. Hubiera podido Moreau hacer otra maniobra que indicamos arriba, y que ejecutada después le valió un señalado triunfo; consistía en descender el Danubio, amagar á Mr. de Kray con un paso por debajo de Ulm, y obligarle á levantar el campo inspirándole temores sobre su línea de comunicación; pero temía siempre descubrir el camino de los Alpes, y esto dió margen á que intentase amagar por segunda vez á Augsburgo para engañar nuevamente á los austriacos y hacerles creer que, dejando á Ulm á la espalda, marchaba definitivamente sobre la Baviera y aun tal vez sobre la Austria misma. El 22 de mayo (2 pradiel) todo el ejército francés había repasado ya el Danubio; Lecourbe con su ala derecha amenazaba á Augsburgo desde el Landsberg, y Sainte-Suzanne con su ala izquierda permanecía algo desviado del Danubio entre Dellmensingen y Achstetten. El mismo día 22 el príncipe Fernando, á la cabeza de doce mil hombres, la mitad por lo menos de caballería, ya fuese

con objeto de detenernos cerca de Ulm, ya con el de explorar nuestras intenciones, emprendió contra Sainte-Suzanne un ataque que fué vigorosamente rechazado. Portáronse en él las tropas con su acostumbrado valor y esfuerzo, distinguiéndose el general Decaén. Continuó Moreau su movimiento en los días sucesivos: el 27 de mayo (7 de pradiel) se apoderó Lecourbe con tanto arrojo como habilidad del puente de Landsberg sobre el Lech y entró el 28 en Augsburgo. Mr. de Kray no se dejó ofuscar por aquel amago y permaneció obstinadamente en Ulm; preciso es confesar que fué esta la mejor de sus determinaciones y la que más honor hizo á su firmeza y buen seso.

Desde aquel punto se cerró Moreau en una inacción calculada. Rectificó su posición, la mejoró; en vez de formar una línea dilatada que sólo por su extremidad tocaba al Danubio, posición que exponía á nuestro cuerpo de la izquierda á combates desiguales con el ejército austriaco entero, ejecutó un cambio de frente dando la cara desde entonces al Danubio y colocándose paralelamente á este río, pero á una buena distancia, con su izquierda apoyada en el Iller, su derecha en el Guntz, ocupando su retaguardia á Augsburgo y destinando un cuerpo de flanqueadores á la observación del Tirol. Presentaba de este modo el ejército francés una masa bastante compacta que hacía no fuese ya temible un combate aislado sobre cualquiera de sus alas, sin exponerse á más contingencia que á la de una batalla campal que en nuestras filas anhelaban todos, porque hubiera causado la derrota definitiva del ejército imperial.

En semejante posición, libre ya de toda censura, proponíase Moreau esperar el resultado de la campaña que el primer cónsul intentaba en aquel momento allende los Alpes. Cuando sus lugartenientes le amonestaban y hostigaban á que saliese de su inacción, obstinábase él en responderles que sería una imprudencia acometer cosas mayores antes de recibir nuevas de Italia; que cuando el general Bonaparte triunfase por aquel lado del teatro de la guerra, entonces sería tiempo de tentar contra Mr. de Kray una maniobra decisiva; pero que si el ejército francés salía descalabrado al otro lado de los Alpes, habían de servirle de embarazo los mismos progresos hechos en la Baviera. La empresa del general Bonaparte cuyo secreto sabía Moreau, era para un ingenio de su especie cosa verdaderamente extraordinaria; no es, pues, de admirar que cupiesen en su ánimo vagos temores y que rehusara proseguir adelante hasta saber con certeza la suerte destinada al ejército de reserva.

De resultados de semejante propósito tuvo Moreau vivos altercados con algunos de sus lugartenientes y principalmente con Saint-Cyr. Quejábase éste de la inacción á que se veían condenados, y sobre todo de la parcialidad que reinaba en las distribuciones hechas á los diversos cuerpos del ejército. Decía que el suyo carecía muy á menudo de pan, mientras el del general en jefe, junto al cual estaba, vivía en la abundancia. No eran recursos los que faltaban desde la toma de los almacenes del enemigo, sino medios de transporte. Tuvo Saint-Cyr sobre este asunto varias contestaciones, y era evidente que se hallaba indispuerto con el estado mayor que rodeaba á Moreau y que aquel era el principal mo-

tivo de tan deplorable desacuerdo. Acababa de llegar el general Grenier; Saint-Cyr quería que Moreau le confiriere el mando de la reserva para neutralizar de esta manera el efecto de las preocupaciones y de la parcialidad, consecuencias inevitables de todo mando particular. Por desgracia Moreau no consintió en ello; Saint-Cyr entonces se retiró so pretexto de hallarse enfermo, y privó al ejército del más entendido de los generales. Preciso es reconocer no obstante que Saint-Cyr había nacido más bien para mandar solo que para obedecer. Retiróse también el general Sainte-Suzanne. Moreau, cuyos soldados se hallaban bien provistos de víveres, y que estaba bien fortalecido en su nueva posición, tomó el partido de esperar, y escribió al primer cónsul los siguientes renglones que pintan perfectamente su situación y sus intenciones.

«Babenhausen 7 pradiel del año VIII (27 mayo de 1800)

»Esperamos con impaciencia, ciudadano cónsul, la noticia de su triunfo de usted,

»Mr. de Kray y yo procedemos aquí á tientas, él para permanecer en Ulm, yo para que la abandone...

»Hubiera sido peligroso, y para usted especialmente, que llevase yo la guerra á la orilla izquierda del Danubio. Nuestra actual posición ha obligado al príncipe de Reuss á dirigirse hacia los desfiladeros del Tirol y á los nacimientos del Lech y del Iller; así que nada tiene usted que temer de él.

»Déme usted noticias tuyas, y dígame todo lo que puedo hacer en su favor.

»Si Mr. de Kray se dirige contra mí, vuelvo á replegarme sobre Memmingen, hago que el general Lecourbe se junte conmigo y trabamos batalla. Si marcha sobre Augsburgo, marchó yo también: en este caso dejaré descubierta á Ulm, y después veremos qué deberá hacerse para proteger su ejército de usted.

»Más ventajoso nos sería guerrear en la orilla izquierda del Danubio y empeñar en la contienda al Wurtemberg y á la Franconia; pero esto no le convendría á usted, puesto que el enemigo podría bajar con destacamentos á Italia, dejándonos cebar en los príncipes del imperio.

»Disponga usted de mi sincero afecto.

»Firmado, MOREAU.»

Un mes y dos días habían transcurrido ya, y si Moreau no había logrado esos resultados prontos y decisivos que acaban de un solo golpe una campaña, como hubiera podido hacerlo pasando el Rhin por un solo

punto hacia Schaffhouse, cayendo en masa sobre la izquierda de Mr. de Kray y dando las batallas de Engen y de Mœsskirch con todas sus fuerzas reunidas, y como también hubiera podido hacerlo cerrando en Sigmaringen con el ejército austriaco y arrojándole al Danubio, asaltándole en el campamento de Ulm ú obligándole á levantar el campo con una maniobra decidida sobre Augsburgo; por lo menos había cumplido la condición esencial del plan de campaña, había pasado el Rhin sin contratiempo en presencia del ejército austriaco, había dado á este dos grandes batallas, las había ganado por su firmeza y buen criterio en el terreno, y en fin, á pesar de su irresolución delante de Ulm, había logrado acorralar á los austriacos bajo esta plaza y los tenía allí bloqueados cortándoles el camino de la Baviera y del Tirol, y pudiendo por su parte esperar cómodamente el resultado de las cosas de Italia. Si en esto no aparece aquel genio superior y decidido propio de los grandes capitanes, hállese por lo menos un ánimo prudente y sereno que sabe reparar con su madurez los yerros de un entendimiento poco vasto y de un carácter poco resuelto; hállese finalmente á un excelente general, de esos que más son de desear para las naciones, y con el cual ningún otro podía compararse en Europa. Fué dado á la Francia entonces, á la Francia que tenía ya un general Bonaparte, poseer en un Moreau, en un Kléber, en un Desaix, en un Massena y en Saint-Cyr, los mejores generales de segundo orden, después de haber ya producido un Dumouriez y un Pichegrú; época de prodigiosa memoria que debe inspirarnos alguna confianza entre nosotros mismos y probar á la Europa que nuestra gloria en el presente siglo no se debe exclusivamente á un solo hombre, ni fué producto de ese singular acaso que engendra genios como Anfbal, César ó Napoleón.

Lo que principalmente podía reprocharse á Moreau era su falta de vigor en el mando, el dejarse rodear y dominar por un partido militar, el consentir á su lado desavenencias que le privaban de sus mejores auxiliares, y el no saber corregir con voluntad enérgica una organización de ejército viciosa que inducía á sus lugartenientes á aislarse y á obrar sin espíritu de confraternidad militar. Moreau, según hemos dicho varias veces, flaqueaba por su carácter: ¡ojalá tuviéramos ante nuestros ojos un velo que nos ocultara y que pudiera ocultar á los demás la triste serie de los tiempos, y nos permitiera contemplar sin mezcla de amargura las nobles y soberbias hazañas de este guerrero, cuyo corazón no habían envenenado aún la envidia y el destierro! Pasemos ahora á otro teatro diferente para presenciar un espectáculo también diverso; la Providencia, tan pródiga en contrastes, va á mostrarnos otro genio, otro carácter y otra fortuna, y, para gloria de nuestro país, soldados siempre iguales, es decir, siempre dispuestos, intrépidos y generosos.